

“liberar la zona” para que la ola de linchamientos se desatara. Con la excusa de la defensa de la propiedad privada el goce perverso masivizado y masivizante desfiguraba los rostros de linchadores y espectadores. En Nueva Córdoba, ciudad universitaria que rodea a la Universidad Nacional de Córdoba, los estudiantes agrupados en hordas salieron a linchar en la madrugada del 3 de diciembre a pobres, morochos, muchachos con gorra, mientras sus compañeros filmaban el espectáculo<sup>36</sup>. Estamos hablando de la misma ciudad que hace un siglo, en medio de una histórica rebelión estudiantil, había declarado al Barrio Clínicas primer territorio libre de América y del mismo movimiento universitario que hace apenas cincuenta años fuera –junto con los obreros– protagonista del Cordobazo. La derrota se ha filtrado en la estructura del deseo como habilitación impúdica a la descomposición social. “Hasta ahora todo va bien”<sup>37</sup>, decimos, como el hombre que va cayendo desde el piso cincuentavo y ve pasar las ventanas, “lo importante no es la caída, es el aterrizaje”, nos repetimos.

En esta última década y media el menemato se ha consolidado como una tendencia, una pulsión, de la sociedad argentina, y la perspectiva a futuro, pasando las siguientes elecciones (en la que sus tres candidatos más fuertes fueron de las huestes del líder riojano), es la explicitación de la misma como programa político existencial: la normalización, la despolitización, la alegría analgésica y naif, los muros.

---

36. Cfr. Corto de Ferreyra, Natalia, *La hora del lobo*, Universidad Nacional de Córdoba, 2014.

37. Texto del film de Kassovitz, Mathieu, *Le Haine (El Odio)*, París, 1995.

## Una industrialización, cuatro peronismos

Juan Grigera

¿Cómo era ese mundo de 1985? ¿Cómo era “ese mundo a los pies, violento, imbécil, abrumador”? Acostumbrados a la “razón del enemigo”, al incansable mensurador que es el capital, podríamos encapsular todo misterio en un número arábigo y decir que pasaron 30 años. Pero vale sacudir esa tentación para restituir en nuestra experiencia ese tiempo que se ha escindido del nuestro sin solución de continuidad. Este ensayo no trata de la elegía “de los zapatos aquellos” sino más bien de invitar a pensar por qué *Los cuatro peronismos* escrito entonces sigue valiendo la pena ser leído hoy, pues como todo clásico “nunca termina de decir lo que tiene para decir”.

Tal vez nombrar algunos de los *dramatis personae* de 1985 sirva para ilustrar el tamaño del vacío que evoco: Reagan iniciaba su segundo mandato, Gorbachev era elegido secre-

tario general del Partido Comunista de la URSS y las dictaduras de Uruguay y Brasil pasaban el mando a presidentes civiles. Alfonsín titubeaba con el curso del Juicio a las Juntas y el persistente estupor por la derrota electoral del peronismo en 1983 se aproximaba a su reiteración en las legislativas de 1985, tal vez solo para señalar que no se había tratado de mero azar ni de un error estadístico.

Si *Los cuatro peronismos* venía entonces a dar cuenta de por qué el peronismo había sido derrotado en 1983 en una interpretación que explicaba a la vez por qué había podido vencer en 1945 (parado sobre y contra las obras de Ramos, Sebrelí o Peña), a tomar el guante del *Hic Rhodus Hic Salta* que vociferaba esa coyuntura, lo hizo sin agotarse en ella. Tanto como también logró suceder a esa genealogía en que se inscribe, pero que hoy está apolillada: los ejemplares de *Revolución y contrarrevolución*, entonces contrapunto de varias partes de *Los cuatro peronismos*, hoy reposan en algún arcón junto con los pañuelos para bailar el pericón.

Pues bien, si acordamos que se trata de un clásico, podría argumentarse que no queda más que leerlo o releerlo. Y justamente de eso se trata esta reflexión: de pensar *desde dónde* se lee hoy este clásico. Para esto emprenderemos una operación que pone las dos enunciaciones en juego: el aquí y ahora de cuando fue escrito y el aquí y ahora treinta años después, aprendiendo de los equívocos que esa operación plantea.

¿Qué no era necesario decir pues resultaba obvio de toda obviedad entonces y hoy deberíamos hacer explícito? Seguramente más de una cosa, pero tomaré aquí un elemento: *Los cuatro peronismos* se abre con la crisis de un patrón de acumulación y la compleja reestructuración en otro, la ISI (Industrialización por Substitución de Importaciones), en un ciclo que comienza con la Primera Guerra Mundial y se cierra con la crisis de la ISI a mediados de los 70. Por tanto, los cuatro peronismos están inscriptos bajo el horizonte de la ISI, esa invariante de su época, tanto como lo están también los lectores *in fabula* de la

primera edición. Haciendo explícito este horizonte sorprenderíamos a esos lectores tanto como se sorprendió Jourdian, el burgués gentilhombre, al descubrir que hablaba en prosa.

Es entonces necesario advertir hoy que esos cuatro peronismos se acabaron junto con la ISI, que el peronismo que sobrevivió a ese modelo de industrialización pertenece a otra serie. Pues modo de acumulación, estado y dominación conforman una triada no siempre coherente pero sí relacionada, y esto no escapa a nadie, ni aun a los estrechos sueños de la Escuela de la Regulación. Es decir, los cuatro peronismos de los que trata el libro no son contemporáneos nuestros, pues los que siguen después del consenso de Washington pertenecen a otro orden.

Pero antes de apresurarnos en conclusiones veamos cómo se articula esa relación en *Los cuatro peronismos*.

*Los cuatro peronismos* ofrece una interpretación del “corto” siglo XX argentino, el siglo bajo el signo de “Roca-Yrigoyen-Justo-Perón”, bajo los estrechos intereses de la matriz agraria argentina. El problema se abre cuando alrededor de 1914 y para desgracia de esos intereses, el mercado mundial que tan cómodo lugar les había guardado comenzó a registrar más años de crisis que de bonanza. Aún más: cuando al final de la Segunda Guerra Mundial en vez de retornar la “normalidad” que iba a reencausar las viejas estructuras agro-exportadoras se produjo un cambio de marcha. Cambio que se trataba de una enorme reestructuración del orden mundial que incluyó el ocaso del Reino Unido como *hegemon*, el ascenso de Estados Unidos, las múltiples alternativas de reconstrucción de un sistema de comercio y un sistema financiero internacional después de la ruina del patrón oro, la multiplicación de estrategias de Industrialización por Sustitución de Importaciones en el “Sur Global” (por usar otro anacronismo distinto de Tercer Mundo) y el encapsulamiento imperfecto del mundo soviético, entre otros elementos. *Los cuatro peronismos* reaviva las disputas detrás de lo que hoy parecen hechos consumados: dis-

putas que hacen inteligibles las actitudes y posicionamientos políticos de los sujetos en cuestión. En otras palabras, que el río de la historia corra de cierto modo no significa que lo haga linealmente ni sin conflictos y resistencias, y justamente de sus límites y posibilidades trata la reflexión histórica.

El peronismo (los primeros cuatro) son resultantes de esas disputas, es decir: peronismo e ISI son parte del mismo movimiento histórico. Pero afirmar esto hoy implica desmontar un número de equívocos. Los equívocos que, parafraseando a Zitarrosa, son cuatro mundos: el del reduccionismo, el del determinismo, el de la ignorancia y el del equívoco.

En primer lugar es necesario distinguir industrialización de ISI, que mal se han vuelto sinónimos en distintos contextos. La ISI es una forma de industrialización, no *la única* industrialización posible, ni siquiera la única posible en ese contexto histórico. ¿Qué otra cosa es el Plan Pinedo que una alternativa (¿insuficiente? ¿inviabile?, alternativa al fin) de industrialización? ¿Qué otra cosa han mostrado con profundidad empírica los liberales (con Díaz Alejandro a la cabeza) que sucedía bajo el llamado “modelo agrario exportador”? Un crecimiento sostenido del sector manufacturero en el terreno de las “industrias naturales” (es decir aquellas que se encadenaban por vía de oferta o demanda con el sector agrario exportador) desde principio de siglo, crecimiento que además sigue el mismo ciclo que el agrario (esto es, crece la inversión junto con las exportaciones) en una dinámica que se comienza a desacompasar en la década de 1930. Dicho brevemente: el plan que se le oponía a la ISI era el de crecimiento industrial en el seno de la matriz agraria. O en palabras de Horowicz, “la diferencia era de orden político: para Pinedo el programa debía ejecutarse bajo el control directo del bloque agrario-industrial”.<sup>1</sup> Que la disputa se

---

1. Horowicz, Alejandro (2006) *Los cuatro peronismos*, Edhasa: Buenos Aires, pág.126.

resolviera en la ISI dista mucho de ser producto exclusivo de las fuerzas al interior de Argentina, pero ese no es un problema para abordar ahora: baste señalar que la ISI fue una de las múltiples resultantes posibles.

Es preciso también que distingamos dos períodos en la ISI que resultan significativos para nuestro problema: la ISI antes y después de 1945. El proteccionismo que va de la crisis de 1930 al fin de la Segunda Guerra Mundial se caracteriza por “evitar el ingreso de mercancías no-británicas”.<sup>2</sup> Es decir, la política económica del período de entreguerras no se entiende por el “entreguismo” del pacto Roca-Runciman sino por el intento (¿desesperado?) de incorporar a Argentina al mercado del Commonwealth británico. En cambio, la ISI después de 1945 tendrá al mercado interno por meta, bajo el auspicio y la alianza con los Estados Unidos. Ya que los “Estados Unidos no se proponían reemplazar a los británicos mediante el viejo juego, sino que se disponían a penetrar el mercado nacional a través de una política de radicación industrial”.<sup>3</sup> Ni uno ni otro período eran más “autónomos” sino dos momentos distintos, y la ISI que toca al peronismo no es igual a la de los años treinta.

Insistamos en ese último punto para evitar malentendidos: la sustitución de importaciones no solo no era contraria a los intereses extranjeros ni se trataba tampoco de la “opción por la autarquía” del nacionalismo periférico, sino que se trataba de una política con la explícita promoción norteamericana (a través de los organismos multilaterales, los condicionamientos de los programas de ayuda y otros mecanismos, cuando no la extorsión, como en Filipinas).<sup>4</sup> Estados Unidos, a la salida

---

2. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 123.

3. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 124.

4. Por eso, Prebisch puede asesorar en el pacto Roca-Runciman en 1933 y comandar la CEPAL en 1945 siendo perfectamente coherente, es decir, en ambos casos buscando lo mejor para la clase dominante de un país “periférico” ante situaciones distintas del mercado mundial. Escindir sus dos

de la guerra, creía que la ISI “ayudaría a revitalizar el comercio mundial promoviendo una nueva demanda a Estados Unidos de bienes de capital y productos de la industria pesada”.<sup>5</sup> Una barrera arancelaria es tanto un problema para quien está fuera del territorio como una ventaja para quien se instaló del otro lado de la misma. Con posterioridad a los años cincuenta este proceso se vincula con asegurar condiciones favorables para la inversión extranjera directa, subvencionando la instalación de plantas industriales subsidiarias detrás de las barreras arancelarias (elemento indispensable para un análisis del desarrollismo post 1958).<sup>6</sup>

Señalar estos elementos merece la mención de otro posible equívoco, aquel de “suponer que la historia nacional es reductible, sin mucho trámite, a la historia general del capitalismo”.<sup>7</sup> En otras palabras, reconstruir los condicionantes en que se desarrolla el peronismo, su marco histórico de posibilidades no es sinónimo de aplanarlo hasta convertirlo en un accidente de un conjunto de determinantes. No por nada son cuatro los peronismos bajo el mismo sino, y ninguno es equivalente sin más a keynesianismo, ni a cualquiera de los otros populismos latinoamericanos que le son contemporáneos. Pues el determinismo es ciego, tanto como lo es negar la importancia de las mareas ante la comprobación de la existencia de olas.

---

momentos hace incomprensible la continuidad entre Prebisch el “conservador ilustrado” de la Década Infame y Prebisch el “cepalino progresista”, al punto de no ver más vínculo entre ambos que el de ser tocayos.

5. Maxfield, S. y J. H. Nolt. “Protectionism and the Internationalization of Capital: U.S. Sponsorship of Import Substitution Industrialization in the Philippines, Turkey and Argentina”, *International Studies Quarterly* vol. 34, N° 1, 1990, pág. 50.
6. Henri Raymond resume con singular lucidez este proceso bajo la idea de “industria extraterritorial” en “Imperialismo e industria en América Latina”, *Lunes de revolución*, La Habana, marzo de 1959.
7. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 20.

Entonces, que el peronismo esté inscripto en la ISI no significa que sea una mera expresión política de esta, como si una fuera deducible de la otra mediante alguna operación mecánica. Es decir, no solo hay otras industrializaciones posibles. También hay, bajo la ISI, distintos modos posibles de dominación.

Para ejemplificar este punto basta con observar con mínima atención el propio devenir histórico. Las propuestas del frondizismo, o más genéricamente del estructuralismo latinoamericano de la CEPAL, se inscriben también en la ISI, al tiempo que sus momentos de gestión (para evitar equívocos de sus propuestas teóricas en otras coyunturas) no se oponen en nada sustancial a esta dinámica del mercado mundial. Y sin embargo, es manifiesto que sus modos de intervención en la lucha de clases, o su estrategia de dominación son bien distintos de aquellos que encarnó el peronismo. Tanto que para Frondizi, quién al igual que Balbín “no saltaba fuera de las fronteras de la Libertadora”, “el problema (era que) los trabajadores debían ‘olvidar’ lo que la burguesía les recordaba todos los días”.<sup>8</sup> Confundir a la ISI con los modos de dominación está en el origen de la letanía de patrañas sobre la “inestabilidad de las políticas económicas en Argentina”, aunque eso es otro asunto. El nuestro es restaurar la especificidad de los peronismos bajo la ISI.

Reconocer la existencia de singularidades es el comienzo del análisis. En otras palabras, ¿qué es superficial y qué es singularidad en estas diferencias? Se ha señalado muchas veces, por ejemplo, para identificar la *petit difference* del frondizismo a su política respecto del capital extranjero. Así se presenta el importante crecimiento de la inversión extranjera directa en el período 1957-1961 como el resultado casi exclusivo de las adecuaciones de legislación bajo el gobierno de Frondizi. Sin duda se trata de un elemento novedoso *ex ante*, aunque no habría que dejar de atender en un análisis de este elemento

- 
8. Horowicz, Alejandro, *Op. Cit.*, pág.183.

a los condicionantes en los países que buscaron invertir sus excedentes en América Latina en esa coyuntura.<sup>9</sup> En otras palabras, este elemento no zanja la cuestión y son más significativas las políticas respecto del salario obrero. El desarrollismo articuló rigurosamente intentos por mantenerlo a niveles que “sean adecuados para la competitividad local”, eufemismo de bajar el salario a cualquier costo (esta y no otra es la preocupación última de muchos de los debates sobre la “heterogeneidad estructural”). Así, Ferrer en *La economía argentina* no se ahorra lecciones para el “movimiento obrero y la conducción sindical”, diciéndoles que “la mejora permanente de las condiciones de vida de los trabajadores *depende fundamentalmente* del desarrollo económico del país (por tanto) el primer objetivo a perseguir por los trabajadores debe ser el apoyo y promoción de una política de desarrollo tendiente a integrar la estructura económica del país y a crear condiciones de crecimiento autosuficiente.” Primero, la industria nacional. Otra fue la política salarial del primer peronismo y del tercero.

Insistamos en este aspecto: señalar una correspondencia entre la ISI y los primeros cuatro peronismos dista mucho de afirmar que los derechos políticos de la clase obrera se deducen de la existencia de la primera. Además de las disputas señaladas en Argentina, sería fácil citar un sinnúmero de ejemplos donde los procesos de ISI no coexistieron con derechos políticos para la clase obrera o lo hicieron de modo extremadamente limitado, mal que les pese a sus apóstoles. El ingreso de la clase obrera a la historia argentina de la mano del peronismo es producto

---

9. Al decir de Schvarzer en *La industria que supimos conseguir*, “la apuesta eufórica por el capital extranjero” es un proceso que “podría haber sido llamado con más precisión de ‘industrialización por desborde de las empresas transnacionales de su mercado local’. La repetición de los mismo fenómenos en todas las grandes naciones de América latina, donde actuaron las mismas transnacionales en las mismas ramas sugiere que las políticas locales apenas tendieron a poner un ‘toque’ propio a un proceso global.”

de su propia agencia, en el marco de una coyuntura favorable. La lucha de clases se desarrolla en un terreno que no se elige, pues “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.<sup>10</sup> En suma, la conquista de la ciudadanía de la clase obrera y los derechos sociales como condición y mediación de esta son una de las dimensiones claves que hacen a la singularidad del peronismo. Porque asociar al peronismo con el Estado de Bienestar es asociarlo a la semántica particular de la formación del Estado de Bienestar en Argentina.

Y justamente por esto es indispensable una última aclaración: entre ISI como modelo de acumulación y proyecto(s) político(s) asociados a esta no necesariamente la distinción es tan taxativa como a primera vista. En otras palabras, difícilmente pueda hablarse de la ISI sin también referirnos a su mitología (en la que el peronismo juega en Argentina un rol clave). El mito de la industrialización y la ISI están fuertemente imbricados, baste algunas preguntas para ilustrar este punto: ¿es ajena a la concepción de la ISI el mito de la “autonomía nacional”, la alianza de clases o el desarrollo del mercado interno? Aún más, ¿es ajena a la ISI cierta forma del Estado? Pues si las respuestas son negativas, entonces la correspondencia entre ISI y peronismo está poblada de connotaciones sobre las que deberemos volver.

Recapitemos entonces: la llegada del peronismo como movimiento histórico coincide con la coyuntura de un cambio en el modo de inserción de Argentina en el mercado mundial de la postguerra. El peronismo encarna ese proyecto con un conjunto particular de condiciones respecto de la lucha de clases. La ISI, la ciudadanía del proletariado y el mito de la

---

10. Marx, Karl, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*.

industrialización son sus dimensiones fundamentales. Y con esto hasta aquí no hemos hecho más que reiterar lo ya dicho en *Los cuatro peronismos*. Por eso ahora se trata de señalar que ha cambiado de aquella enunciación a esta.

Varios de los personajes principales de *Los cuatro peronismos* distan mucho de ser lo que eran. Los ferrocarriles como articuladores del conflicto en torno a la renta agraria, la Junta Nacional de Carnes y la Junta Nacional de Granos (con razón se preguntaba el texto por qué estos existían hasta entonces,<sup>11</sup> error histórico que Menem se encargó de enmendar), el desarrollismo, la troika de sindicatos fuertes compuesta por la UOM, el SMATA y Luz y Fuerza; todos han pasado a integrar una historia escindida del tiempo presente. Porque la ISI integra “la galería de los fósiles históricos” y con ella arrastra a estos sujetos que crecieron bajo su horizonte.

Bajo el mismo nombre sobreviven, a su vez, fenómenos cuya naturaleza es bastante disímil. El Banco Central de los treinta o el Banco Mundial y el FMI de Bretton Woods no son instituciones que sean asimilables a sí mismas sin serias reservas. *Los cuatro peronismos* nos advirtió, desde su título, que lo mismo sucedía con el objeto inmediato de su análisis: peronismo, en singular, es un equívoco y una invitación a otros equívocos. Por esto, leer *Los cuatro peronismos* invita inmediatamente a perseguir la intuición detrás de ese plural ¿Qué sucedió con los peronismos desde entonces? ¿Hubo nuevos o se agotó su productividad? ¿Qué sucedió con los peronismos desde la crisis de la ISI?

Lo dicho hasta aquí alcanza para establecer un hecho: no hubo ni habrá “quinto peronismo”. Y esto no porque el peronismo no haya tenido transformaciones después del cuarto peronismo, sino porque muerta la ISI se abren otros, se inaugura otra serie.

---

11. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 29.

Tan fuerte es la asociación entre peronismo e ISI que no faltaron quienes asumieran que el fin de una iba a implicar el fin de los otros. Error que permitió fantasear a la dictadura que había acabado de un plumazo con el peronismo, la ISI y la clase obrera. *Los cuatro peronismos* refutaba tempranamente esa idea que hoy apenas si es necesario mencionar. Treinta años después hemos sido testigos de esas potencialidades: menemismo y kirchnerismo tienen lugares destacados en el podio de la historia nacional.

La tarea del menemismo es ya conocida: profundizar la dirección de las reformas neoliberales y la reestructuración capitalista iniciada a sangre y fuego a mediados de los setenta, con particular virulencia y eficacia desde el Proceso. La especificidad del menemismo consistió en articular un programa de reestructuración neoconservador en torno de la convertibilidad: una reforma del Estado (descentralización y privatización de empresas estatales), mayor flexibilización laboral, y el tipo de cambio como garantía de las aperturas comerciales y financieras legisladas anteriormente. La expansión extensiva e intensiva del capitalismo se llamó “globalización”: a la extensión geográfica post desmembramiento del bloque soviético se correspondió la expansión intensiva, es decir, la subsunción a la dinámica del mercado de áreas antes desarrolladas bajo lógica estatal (educación, salud, jubilaciones, seguridad, etcétera). La rebelión de 2001 marcó su fin (tanto si la rebelión sea la causa de este fin, como si la lógica de desarrollo que imponía la convertibilidad era en última instancia inviable en sí misma). Y el fin de un ciclo abrió otro signado por una profunda crisis de gobernabilidad.

Es esta crisis una de las claves en la génesis del kirchnerismo. La “democracia de la derrota” derivó a finales de los noventa en lo que algunos socialdemócratas idealistas llamaron “crisis de representación” y que para 2001 se convirtió en una crisis de reproducción del régimen político, en un problema de “gobernabilidad”, es decir, en un problema de clase. Y el kirchnerismo encarna el proceso de reconstrucción de esa

governabilidad, “la nueva política”, una diferencia específica que lo distingue fundamentalmente del duhaldismo y que lo hizo viable. Pues es necesario explicar por qué Duhalde, quien fuera el mentor de la proyección nacional de Néstor Kirchner y el ejecutor de las primeras políticas económicas que signaran el “el modelo” no integra serie alguna. A pesar de que los pilares de lo que se llama hoy “Post Consenso de Washington” fueron implementados por Duhalde y Lavagna en 2002 (las retenciones, los subsidios a las empresas de servicios, el tipo de cambio competitivo mediado por la devaluación asimétrica, el rescate a los bancos, el inicio de la renegociación de la deuda), el duhaldismo es hoy una antigüedad más inusual que el Partido Laborista.

El “modelo kirchnerista” es un modelo tanto como fue “un proyecto” el de la generación del ochenta, se trata de “una interpretación *ex post facto*”.<sup>12</sup> Decir que este “modelo” es una respuesta burguesa a la crisis de 2001 y que en ese sentido se constituye en diálogo con las demandas de distintos sectores sociales, es hasta cierto punto una obviedad. La gobernabilidad del kirchnerismo no estuvo signada por asumir con el 23% de los votos, sino por su capacidad para articular una política capaz de reconstruir la institucionalidad, de lo que el duhaldismo fue incapaz: la renovación de la Corte Suprema, la derogación de las leyes de impunidad, o la reapertura de los juicios. Si el gobierno de la Alianza debía enmascarar sus propias necesidades como condiciones de los préstamos del FMI para hacerlas legítimas, bajo el kirchnerismo la fórmula se puede invertir y presentar como decisión soberana las demandas del organismo (por ejemplo, cuando repaga completamente su deuda en sincronía con Brasil o Rusia ante las necesidades de liquidez del FMI).

---

12. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 23.

Desentrañar las características y dinámicas de este “modelo” es una de las tareas a la que toda lectura de *Los cuatro peronismos* invita hoy. Aquí no intentaré sino explorar como esas mismas dimensiones fundamentales de los primeros cuatro peronismos se desarrollan en el kirchnerismo como peronismo post ISI. Por un lado en su propia relación con la ISI, hecha presente en referencia irresuelta de la “reindustrialización” y en la utilización del *mito de la industrialización* en supuesta oposición a la “desindustrialización” del neoliberalismo. Y por otro lado, en la nunca substanciada recomposición de la ciudadanía de la clase obrera.

Conscientemente o no, el vínculo que señalamos entre peronismo e ISI vuelve a hacerse presente en la sintaxis kirchnerista. El kirchnerismo agita el “mito de la industrialización”, apelando simultáneamente al tiempo idílico del primer peronismo y a un futuro venturoso de “un país en serio”, es decir, de un país desarrollado. En oposición a (y en reconocimiento de) la “desindustrialización” neoliberal sostiene estar “reindustrializando”, es decir, reparando un ideal dañado. ¿Cuál es el mito que organiza el relato que va desde Necrópolis hasta la “fabricación” de celulares en Tierra del Fuego?

La gestión kirchnerista afirma que desde 2003 conduce “un proceso de desarrollo económico con inclusión social” y está “haciendo un enorme esfuerzo en la reindustrialización del país, para revertir la desindustrialización de la dictadura”.<sup>13</sup> Axel Kicillof, entonces viceministro de Economía, sostenía: “Estamos industrializando a tasas inéditas en la historia la economía nacional [...]. El PBI industrial *per cápita* se ubicó un 92,5 por ciento por encima del alcanzado en 2002 y en un 35,9 por ciento por encima del máximo alcanzado durante la convertibilidad en 2007. Quiere decir que hemos dado vuelta

---

13. *La Nación*, 14 de noviembre de 2012.

la estructura productiva argentina”. Esta supuesta reconfiguración del tejido productivo habría “posicionando a la industria como dinamizadora de la producción y el empleo” fundamentalmente a partir de la política activa de tener un “dólar caro”, es decir, un tipo de cambio “competitivo” que recompuso la capacidad de sustituir importaciones en sectores intensivos en mano de obra y de algunas exportaciones. Así, estos dos elementos compondrían condiciones para un superávit comercial que acompañado de una reestructuración de la deuda externa redundaría en superávit de cuenta corriente, superando (así de sencillamente) las históricas crisis de balance de pagos de los ciclos de *stop & go* durante la ISI.

En primer lugar, hay que señalar que la mayor parte de estos argumentos son de una debilidad considerable. Muchas cifras utilizadas son meras exageraciones derivadas de comparar con los años de crisis 2002-2003 y las rupturas con las características del sector industrial con la década del noventa son notablemente menos agudas de lo que este diagnóstico sostiene. Por ejemplo, la participación de la industria en el PBI creció un modesto punto porcentual entre 2002 y 2004 (pasó de 15,4 a 16,8% en valores constantes) pero además para 2008 se ubicaba nuevamente por debajo de los guarismos de 1997 (en valores corrientes estos se asemejan antes y después de la convertibilidad con excepción del período de crisis y recuperación, 1998-2005, probablemente debido a cambios en los precios relativos durante la devaluación). Los niveles de inversión, la elasticidad empleo-producto y el peso relativo de las distintas ramas tampoco presentan cambios significativos, en una estructura productiva nacional indudablemente dominada (como toda economía contemporánea) por el sector servicios. En la creación de empleo (una característica fundamental y políticamente sensible distintiva respecto de los noventa) el aporte de la industria manufacturera es notoriamente menor que en el sector servicios y en la construcción y prácticamente insignificante después del año 2007.

Pero antes de continuar en esta línea, es necesaria una aclaración. Señalar la existencia de un mito o revelar la distancia entre retórica y realidad difiere de caracterizar al kirchnerismo como una “farsa” para aplanar el proceso a mera continuidad con el neoliberalismo. Ese reduccionismo ignoraría en una misma operación la profundidad de la crisis y rebelión del 2001 y los cambios operados en el mercado mundial desde entonces. A su vez, señalar un mito dista de ser “una operación olímpica”. Por el contrario, “desmitificar” lleva todo el peso de una intervención política. Barthes señaló ya esa operación como parte de una semiología general de nuestro mundo burgués, es un esfuerzo por “poner de manifiesto el abuso ideológico que se encuentra oculto en la exposición decorativa de lo *evidente-por-sí-mismo*”.<sup>14</sup>

En definitiva, hablar del “mito de la industrialización” no significa equiparlo con “una mera falsedad” o una “falsa conciencia”. Se trata de poner de manifiesto que es aquello que se presenta como evidente-por-sí-mismo y que guarda relación con el proceso de industrialización pero necesita ser descifrado, interpretado y desmitificado en la industrialización. El “mito del mate” guarda una relación a ser interpretada con la operación de beber una infusión a base de yerba.

Para descifrar el mito de la industrialización conviene recordar que desde la segunda posguerra la industrialización y la industria se asociaron de modo indisoluble al paradigma del desarrollo. Paradigma de una matriz profundamente conservadora, de una parte por las circunstancias históricas en que este se promueve (la promesa de una alternativa capitalista benévola en el contexto de una disputa con el Bloque Soviético y el proceso de descolonización de África y Asia), y de otra por su propia confección teórica. El desarrollo económico desplaza la idea de “progreso material generalizado” por la de

---

14. Barthes, Roland, *Mitologías*.

“aumento del PBI per cápita”. “Desarrollo” como término deja de significar un “proceso de despliegue de las potencialidades internas” para convertirse en un proceso externo conducido por un fideicomiso (generalmente el Estado) que garantiza la “dirección correcta”. Es decir, si industrialización refiere como evidente-por-sí-mismo al desarrollo económico, esta promete un proceso que bajo la dirección autónoma del Estado nacional significará mejoras universales para sus ciudadanos. La ISI, ya señalé más arriba, se trataba más bien de otra cosa.

El “mito de la industrialización” tiene más larga vida que la ISI. De hecho, la genealogía incluye no solo a la “reindustrialización” sino también a la llamada “desindustrialización”. Esta es la caracterización según la cual la economía argentina entre 1976 y 2001 estuvo signada por un plan de “agresión a la manufactura” y la elección voluntaria de abandonar la ISI. A su vez, esta versión de la desindustrialización como una peculiaridad argentina enmascaró como elecciones espontáneas (de una fracción de la burguesía contra otra) las enormes transformaciones históricas e irreversibles del sector industrial en todo el mundo. El mito de la desindustrialización embellece el paraíso perdido del desarrollo industrial nacional y oculta a su vez la unidad clasista de la profunda reestructuración capitalista en Argentina, victimizando así a los victimarios (la burguesía industrial como víctima de la burguesía financiera). Este diagnóstico fue prácticamente hegemónico entre los sectores que resistieron al ciclo neoliberal y de este modo “reindustrializar” devino en el programa político inmediato de un amplio sector para revertir las consecuencias devastadoras de esa avanzada de clase que fueron la dictadura, el alfonsinismo y el menemismo.

Pero es necesario insistir en que el mito de la industrialización confunde la naturaleza de la desindustrialización. La mayor parte de los rasgos de este proceso en Argentina son comunes a todas las economías nacionales en el mundo, tales como la sistemática expulsión de trabajadoras y trabajadores como consecuencia de aumentos sostenidos en la productivi-

dad y la tercerización de tareas, el abandono de la estrategia de integración vertical en favor de una internacionalización de la producción según lo que se ha dado en llamar “cadenas globales de valor”, la relocalización de tareas de baja calificación en procesos de “maquiladoras” y una declinación relativa del producto industrial en el PBI merced a cambios en los precios relativos. El proceso de reestructuración capitalista que se puede nombrar como “desindustrialización” implica un golpe a la clase obrera manufacturera<sup>15</sup> por vía de su descalificación y del crecimiento de la desocupación, pero de ningún modo la destrucción sistemática del sector manufacturero. Confundir uno y otro proceso es una operación de la mitología de la industria que se asienta en un conjunto de supuestos ideológicos y teóricos sobre el rol de la industria en el capitalismo contemporáneo que resulta en todos los casos anacrónico y falaz.

Las nuevas características estructurales de la manufactura en el capitalismo contemporáneo han exacerbado el carácter utópico de las promesas de un desarrollo industrial que se traduzca en un crecimiento del empleo y luego en una mejora en la distribución del ingreso, en una integración vertical de ramas y en autonomía nacional. Quienes reclaman un “plan industrial” y se presentan como críticos de “los límites de la reindustrialización” comulgan con el mito de la industrialización y grados más altos de romanticismo, en tanto postulan que el Estado puede reemplazar características estructurales de la manufactura a su antojo, hasta ajustar la realidad al tipo ideal que pretenden.<sup>16</sup>

---

15. Aquella tantas veces fetichizada en su relación con la producción y que tan claramente vincula *Los cuatro peronismos* (pág. 94) a la actividad autónoma del proletariado.

16. Sin extender el argumento innecesariamente, vale señalar que el mito de la industrialización también lo comparten críticos del kirchnerismo, como quienes señalan los límites del tipo de crecimiento del período, reconociendo que hubo crecimiento industrial, pero destacando que no existió un

En última instancia las propias características de la manufactura señalan la imposibilidad de proveer de “progreso material generalizado” por vía de la industrialización bajo el capitalismo y el carácter profundamente conservador de una utopía de reforma que es a todas luces irrealizable. Si se trató en algún momento de una “utopía posible”, el desarrollo del capitalismo la ha convertido hoy en una incómoda anacronía. Es válido por tanto recalcar que sigue siendo tan cierto antes como ahora que el capitalismo no es un camino al progreso generalizado de la humanidad.

•••

Podía decir *Los cuatro peronismos*, con razón, que la política del golpe del 1943 se reducía a su política social, política que implicaba legalizar y ciudadanizar al movimiento obrero, incorporarlo a la república burguesa<sup>17</sup>. Los peronismos del primer ciclo se trataron de poner fin a la tortuosa Era de la Ley de Residencia para comenzar un tortuoso camino de parlamentarización de la lucha de clases. ¿De qué trataron entonces los peronismos del nuevo ciclo?

El ciclo neoliberal del menemismo tuvo una dirección histórica opuesta a la ciudadanización del conflicto: optó por disciplinar a la clase obrera en el mercado, y a todas las clases nacionales en el mercado mundial. Para conseguir mayor salario o mayor renta el único camino era aumentar la productividad. La “solución” en todo el mundo a la pregunta de qué espacio ocu-

---

cambio estructural respecto de los ‘90, es decir que “no hubo desarrollo”. O también quienes sostienen que la acumulación en Argentina se ha estructurado crecientemente alrededor de actividades extractivas en un proceso de reprimarización que algunos han llegado a llamar “Consenso de los Commodities”. Para este problema ver Grigera, Juan, “La insostenible levedad de la industrialización”, *Batalla de Ideas*, N° 4, 2013.

17. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 80.

paría la clase obrera en la república burguesa pasó a ser después de un ciclo de represión y reestructuración capitalista: el que su poder de mercado le permita. El “poder asociativo”<sup>18</sup> había sido derrotado y la reestructuración incluyó grandes transformaciones productivas, como el proceso de desindustrialización (que, insisto, aquí y en todo el mundo significa la crisis del empleo industrial, y no necesariamente de la industria). En lo fundamental, y con altos niveles de desempleo y mecanización, la respuesta a cuál sería el nuevo lugar de la clase obrera es bastante sencilla. La convertibilidad y la forma del Estado menemista hablan por sí mismas de este proceso.

En Argentina, el 2001 marca la crisis de esta “solución”. Por eso es válido preguntarse si el kirchnerismo, que es en parte producto de esa crisis y de la revuelta de 2001 es o no el ejecutor de un proceso de reciudadanización de la clase obrera.

Para evaluar este último aspecto es necesario dejar a un lado los usos retóricos que evocan al primer peronismo y analizar, además del problema ya mencionado de la industrialización, las tendencias en otras dos dimensiones fundamentales: el empleo y los planes sociales.

El importante crecimiento del empleo en todo el ciclo registra una tasa más alta de crecimiento del empleo no-registrado que del registrado, un incremento de la dispersión salarial (con incrementos del salario real que de todos modos continúa en niveles históricamente bajos), y un aumento del empleo en servicios por sobre cualquier otro sector.<sup>19</sup> En el sector formal,

---

18. Siguiendo la distinción de E. Olin Wright entre “poder asociativo” (las varias formas de poder obrero que resultan de organizaciones colectivas de trabajadoras y trabajadores) y “poder estructural” de la clase obrera (este último entendido como el poder de negociación en el mercado de trabajo y la posición estratégica en el proceso de trabajo).

19. Marticorena, Clara (2014) *Trabajo y negociación colectiva: Los trabajadores en la industria argentina, de los noventa a la posconvertibilidad*. Buenos Aires: Imago Mundi.

el crecimiento de la negociación colectiva acompañó negociaciones salariales, pero profundizando tendencias hacia la flexibilización y la negociación por empresas. En otras palabras, la fragmentación y la dualización del mercado laboral son las tendencias fundamentales que se profundizan: trabajadoras y trabajadores con y sin derechos sociales asociados al salario.<sup>20</sup> Si el primer peronismo estructuró su política social mediada por el empleo y en muchos casos mediada por los sindicatos, el kirchnerismo no parece haber restituido esa noción de ciudadanía sino sostenido su fragmentación.

En cuanto a los programas sociales, el kirchnerismo ha optado por planes dirigidos a grupos específicos antes que por la extensión de derechos sociales. Los planes han seguido la lógica neoliberal de hacer eficiente el gasto mediante su focalización. El abandono de derechos universales es sintomático y particularmente paradójico en la elección del nombre la emblemática Asignación Universal por Hijo, que lejos de ser universal se trata de un programa de Transferencia Condicionada de Recursos (o CCT, Conditional Cash Transfer), a la medida de los requerimientos de los organismos internacionales. La multiplicación de contraprestaciones en estos planes diseñados por el Banco Mundial no hace sino señalar su distancia con la protección social del primer peronismo dirigida a igualar el acceso y las oportunidades con independencia del nivel de ingresos y el estatus social. Este nuevo paradigma de gasto social mercantiliza los derechos y monetizando la prestación estatal confía en el restablecimiento de mecanismos de mercado para mejorar el bienestar general.

En suma, el modelo kirchnerista articula la perpetuación de una ciudadanía fragmentada. Que se encuentre en un cons-

---

20. Los cambios en los salarios familiares y otros diferenciales salariales por su actual mediación por la ANSES pueden entenderse también en este contexto.

tante estado fluido negociando los abismos entre su retórica y la realidad socioeconómica no debe llamarnos a engaño. Pues la fragmentación de la ciudadanía no se trata de un problema que se mida en “su voluntad política” (por otra parte un arcano solo elucidable *post facto*) sino en un asunto que reside en que el kirchnerismo no es una alternativa al neoliberalismo en un mundo neoliberal salvo en el sentido limitado de ser un complemento de su proyecto histórico.<sup>21</sup>

Por tanto, nuestra relectura de *Los cuatro peronismos* debe registrar un último cambio. Si entonces podía decirse sin restricción que “la historia del peronismo es la historia del ingreso de la clase obrera a la arena política nacional”,<sup>22</sup> hoy es necesario aclarar que por “historia del peronismo” ha de entenderse historia del peronismo del primer ciclo, el peronismo bajo la ISI.

•••

*Los cuatro peronismos* nos legó una agenda para hacer inteligible el capitalismo en Argentina en el siglo XX. La tensión entre la matriz agraria y los nuevos desafíos que la integración al mercado mundial le plantearon bajo el nombre de la industrialización sustitutiva y los tortuosos caminos en que la lucha de clases configuró sus resistencias y peculiaridades, y las múltiples articulaciones entre acumulación de capital y dominación.

Desde entonces, la reestructuración capitalista neoliberal dio por tierra con los fundamentos de ese ciclo. Decir que las condiciones del capitalismo hoy no son las de la segunda post-

---

21. Son interesantes los paralelos del kirchnerismo con otras corrientes en América Latina, por ejemplo, las similitudes con el neoestructuralismo latinoamericano. Leiva, Fernando (2008) *Latin American Neostructuralism: The Contradictions of Post-Neoliberal Development*. University of Minnesota Press: Minnesota y Londres.

22. Horowicz, Alejandro, *Op.Cit.*, pág. 26.

guerra es una obviedad, tal como es decir que ayer no es hoy. Pero, en cambio, cuáles de las condiciones de posibilidad del peronismo son historia de museo decimonónico y cuáles no, es un asunto más complejo. No ya las circunstancias únicas de su surgimiento ni los grandes estructurantes de su desarrollo, pero más bien distinguir el compás, la música de su letra. Pues el kirchnerismo, articulado en otro contexto, es capaz de hacer resonar ese ritmo antiguo y escribir una letra tremendamente contemporánea de su mundo neoliberal con sus combates.

Leer *Los cuatro peronismos* hace posible descifrar esa melodía, atender a la letra escrita del capitalismo en la Argentina de posguerra y permite hacer lo propio hoy. Si la ciudadanía de la lucha de clases y un modo de inserción en el mercado mundial signaron aquella época, las distancias con la actual no hacen más que saltar a la vista. El desarrollo capitalista en Argentina en tanto “despliegue de las potencialidades internas” no es una tarea pendiente sino apenas la insoponible realidad que nos toca habitar, hasta tanto no podamos volver a vislumbrar un horizonte de verdadera mejora de las condiciones de vida del conjunto social.

## La maldición conjurada

Alejandro Guerrero

“Antes se creía que el autor hacía su obra como Jehová hizo al mundo. Hoy sospechamos que una sociedad determinada, en un momento histórico dado, hace su literatura a través del escritor”.  
Luis Franco, *Pequeño diccionario de la desobediencia*.

Borges recuerda, en el prólogo de alguna de sus antologías, que el Indostán atribuye sus grandes libros “a dioses, a héroes o, simplemente, al Tiempo”. La atribución de las obras a dioses o héroes “son por supuesto, meras evasiones o juegos; no así la última”. Por eso, concluye, “el Tiempo acaba por editar antologías admirables”.

Treinta años no es poco tiempo, aun en términos históricos, ni hablar desde el punto de vista de la vida de un hombre. Apenas un puñado de libros merece recordarse tres décadas después de su primera edición. Cuando eso sucede, se puede tener una doble certeza: se está ante una obra de calidad superior y, además, el tema que trata mantiene vigencia plena. El